

des cosas al nacer, y cómo se quebrantaron, se sumergieron, se ahogaron.

La degeneración universal del hombre, precisamente en el camino que los socialistas presentan como regeneración; este rebajamiento del hombre hasta convertirse en hombre de rebaño (ó, como dicen ellos, «en nombre de sociedad libre); el embrutecimiento del hombre bajo el estúpido nivel de la igualdad de derechos y deberes, es posible, ¿quién lo duda? ¡Mas el que ha reflexionado en esta terrible posibilidad, ha tenido que sentir una especie de náusea y vislumbrado quizá una nueva tarea!

CAPITULO VI

NOSOTROS LOS SABIOS

204. A riesgo que el moralizar sea aquí como siempre «mostrar sus llagas»—según la frase de Balzac—querría oponerme á una indebida y dañosa inversión de rangos, que inadvertidamente, y al parecer de buena fe, amenaza hoy manifestarse entre la ciencia y la filosofía. Parece que quien tenga *experiencia*—experiencia significa siempre triste experiencia—está en su derecho al tratar esta elevada cuestión, para no hablar como los ciegos de los colores, ó como las mujeres y artistas contra la ciencia. («¡Oh! ¡esta maldita ciencia! ¡Arrebatárlas su instinto y su pudor! ¡En todo se mete!») La declaración de independencia del hombre científico y su emancipación de la filosofía, es uno de los más sutiles productos del orden

y desorden democráticos; la propia exaltación y la presunción del sabio, florecen hoy y festejan su hermosa primavera. «¡Nada de dueños!» es el grito de los instintos plebeyos, y la ciencia, después de defenderse con éxito brillante contra la teología, cuya «servidora» fué por mucho tiempo, pretende ahora, con absurda arrogancia, dictar leyes á la filosofía y hacer de señora: quiere ser *filósofa*. En mi memoria—en la memoria de un hombre de ciencia, con vuestro permiso—surge ahora el recuerdo de muchas inocentadas orgullosas que acerca de la filosofía y de los filósofos sorprendí en la boca de jóvenes naturalistas y de viejos médicos (sin hablar de los más cultos y presuntuosos, de los filósofos y de los pedagogos que poseen aquellas dos cualidades, por obra y gracia de su profesión).

A veces era un especialista, un hombre de horizonte estrecho, que se ponía en guardia instintivamente contra todas las aptitudes sintéticas. Otras veces era un asiduo trabajador que había sentido olor de *otium* y de aristocrática vida muelle en la economía filosófica del alma, de lo cual estaba ofendido. Cuando era el daltonismo del utilitario, que no ve en la filosofía sino una serie de sistemas refutados en globo y un gasto inútil de sesos que á nadie «aprovecha». Cuando se revelaba el místico miedo de llegar á los confines del conocimiento. En alguna ocasión era que el menosprecio de un filósofo degeneró en menosprecio de la filosofía misma. Pero más frecuentemente hallé en los jóvenes de ciencia, bajo el orgulloso desprecio de la filosofía, el efecto deletéreo de las obras de cierto filósofo, al cual rehusaban también la obediencia, pero sin emanciparse del desprecio que había sabido inspirar contra todos los demás filósofos,

y por ende contra la filosofía misma. (Tal me parece ser la influencia de Schopenhauer en la moderna Alemania; gracias á su ininteligente exasperación contra Hegel, consiguió reparar á la juventud de la cultura germánica, la cual representa el ápice de la adivinación histórica; mas en esto Schopenhauer era pobre, inaccesible y de genio antialemán.) Y hablando así, en globo, puede ser que lo «humano, demasiado humano» de los filósofos modernos, haya contribuido más que nada á destruir el respeto hacia la filosofía y haya abierto la puerta á los instintos plebeyos. Tén-gase el valor de confesar cuán lejos está nuestro mundo filosófico moderno de aquel otro en cuyo cielo brillaron como soles Heráclito, Platón, Empédocles y los demás soberanos del espíritu; así se comprenderá cómo un hombre de ciencia se siente á mayor altura que el actual nivel filosófico. En Alemania, por ejemplo, no tenemos más que los dos leones de Berlín: el anarquista Eugenio Dühring y el amalgamista Eduardo Hartmann. Particularmente, el espectáculo de aquel montón filosófico que se intitula «realismo» y «positivismo», basta por sí solo para que el alma del joven sabio y ambicioso desconfíe. También hay sabios y especialistas que habiendo salido en malhora por los campos de la filosofía, tornaron vencidos y conservando el despecho y el rencor. Finalmente, ¿cómo podría suceder de otro modo? La ciencia de hoy florece, y en su cara lleva el testimonio de su buena conciencia, mientras que la filosofía, aquello que hoy resta de filosofía, engendra una desconfianza y malhumor, si es que no mueve á burla ó á compasión. Una filosofía reducida á la «teoría del conocimiento», pero que en realidad no es más que una tímida *epojística*, una doctrina de la abstinencia; una filosofía que

no sabe pasar del dintel, y que se rehusa á sí misma el derecho de entrar, ¿no es esta una filosofía agonizante, algo que da lástima? ¡Cómo, pues, podría *dominar!*

205. Los peligros que tiene que desafiar hoy día la formación y el desarrollo del filósofo, son tantos, que con dificultad este fruto llega á madurar. La ciencia abarca un recinto desmedidamente grande, y son muchas ya las torres de Babel; por eso hay gran peligro de que el filósofo se quede estancado en alguna «especialidad», sin llegar á la altura que le permitiría mirar enderredor. Y si llega, llega muy tarde, después de gastar su mejor tiempo y sus mejores fuerzas, ó llega averiado, entontecido, degenerado, de manera que su juicio complexivo de los valores morales no pasa de una importancia mediocre. Perdió la firmeza de su conciencia intelectual; por eso titubea y tarda en el camino: teme las seducciones del *dillettantismo*, ser de mil patas y de mil antenas, sabe que ha perdido la consideración de sí mismo, y que aun llegando al conocimiento, no puede ya mandar, no puede ya guiar; á lo más tendrá que resignarse con ser un gran comediante, un Cagliostro filosófico, atrapador de espíritus, un seductor. En último análisis, esto es cuestión de gustos, si por ventura no es cuestión de conciencia.

Añádase á esto, que el filósofo siempre reclama de sí mismo un juicio cerrado, un *sí* ó un *no* rotundos acerca de la vida y del valor de la vida; y con dificultad se convence de que tiene un derecho y un deber á tal juicio, y que para llegar á él ha de pasar por los sucesos más complicados, y quizá perturbadores y destructivos, vacilando, dudando, y dando traspies. El vulgo suele engañarse acerca del filósofo confundiéndole, ora con el hombre de ciencia y con el sabio idea-

lista, ora con el sentimentalista y místico que vive fuera de los sentidos y del mundo, embriagado de la divinidad; por eso, «vida filosófica», quiere decir hoy «vida prudente, egoísta, retirada».

La sabiduría, según idea del vulgo, es una especie de huida, un artificio para esquivar la carga de este mundo. Pero el verdadero filósofo, ¿no os parece así á vosotros, amigos míos? vive «antifilosóficamente», «imprudentemente», y siente el peso y el deber de innumerables tentativas y tentaciones de la vida; se arriesga constantemente, y se juega su existencia...

206. Comparado con un hombre de genio, con un hombre que *crea ó fecunda*, el hombre de ciencia se parece en algo á una vieja solterona. Porque ni el uno ni la otra tienen idea de aquellos dos oficios preciosos del hombre. Y al uno y á la otra se les reconoce á guisa de compensación, aunque no de muy buena gana, la respetabilidad, cual en este caso se subraya.

Mirando más de cerca, ¿qué es el hombre de ciencia? Ante todo, un hombre plebeyo, provisto de virtudes plebeyas; un hombre que no manda ni puede mandar; posee laboriosidad, paciencia para clasificar y ordenar las cosas, sentido de la regularidad y de la medida en sus facultades y en sus necesidades, instintos plebeyos y necesidades plebeyas; por ejemplo, necesidad de un poquito de independencia, de un poco de verde hierba, sin lo cual, el trabajo se hace imposible; necesidad de ser honrado y alabado, necesidad de la fama, de timbrar constantemente su valer y sus aptitudes, para domar la interna *desconfianza* que es innata en todos los hombres dependientes y agregados. El hombre de ciencia posee también, como es natural, las enfermedades y defectos de la clase plebeya; abun-

da en baja envidia y posee un ojo de lince para los más leves defectos de las naturalezas superiores. Muéstrase familiar y como que no se deja llevar de la corriente; y es que permanece frío y encerrado en sí mismo, pareciendo sus ojos un lago liso, antipático, cuyas sondas no se encrespan á ningún entusiasmo, á ninguna simpatía. Pero las cosas peores y más peligrosas de que es capaz un docto, provienen del instinto de su medianía, de aquel jesuitismo de la medianía, que trabaja constantemente en la demolición del hombre extraordinario y tiende á romper ó aflojar todo arco. Esto hacen, sí, con los debidos miramientos, delicadamente: jesuitismo puro.

207. Por grande que sea nuestra gratitud al espíritu objetivo—¿y quién no se ha cansado alguna vez de lo subjetivo y de su *ipsisimosidad*?—conviene, sin embargo, que andemos cautos y nos guardemos de aquella exageración que ve una finalidad, una redención y una transfiguración en la renuncia á la independencia del espíritu: como sucede principalmente á la escuela pesimista, la cual tiene altos motivos para decretar honores al «conocimiento desinteresado». El hombre objetivo que no blasfema ni injuria como el pesimista, el sabio *ideal*, cuyo instinto científico, después de innumerables tentativas frustradas, consigue hacerse camino y desarrollarse, es ciertamente uno de los instrumentos más preciosos, pero que ha menester de un brazo potente. El verdadero hombre de ciencia no es más que un instrumento, de ningún modo una finalidad. Es un espejo, habituado á postarse delante todo lo que pide ser conocido; ni siente otras satisfacciones que la de conocer, la de «reflejar», estar siempre aguardando que venga alguna cosa, y

entonces se tiende á lo largo para que los vestigios más ligeros, las huellas de los fantasmas se impriman en su superficie y en su epidermis.

Lo que todavía le queda de su «persona», le parece casual, arbitrario, importuno; él mismo ha venido á ser un objeto por el cual pasan y en el cual se reflejan las imágenes y sucesos del exterior. Siente fatiga en la conciencia de sí mismo; y tal vez se engaña confundiendo con otro; desconoce sus propias necesidades, y sólo en esto es indelicado y trascordado. Quizá le atormentan los cuidados de la salud, las pequeñas miserias de la vida, el aire cargado que divide con la mujer ó con el amigo, ó bien la falta de compañeros y de sociedad; pero quíá, ¡por mucho que se esfuerce para pensar en sus miserias, es en vano! Al punto su pensamiento vuela lejos, generaliza el caso, y mañana sabrá mejor que hoy qué medicina conviene. Para sí mismo perdió su seriedad, perdió su tiempo; está alegre, no porque no tenga penas, sino porque no tiene dedos para tocarlas. Su condescendencia es habitual, su hospitalidad es serena y abierta; acoge todo acontecimiento; su benevolencia no reconoce límites; no se cuida del sí ó del no: pero ¡cuán caras tiene que pagar estas virtudes!—y en cuanto hombre, viene á ser el *caput mortuum* de tales virtudes. Si se le pide amor ú odio—amor y odio á la manera de Dios, de la mujer y del bruto—hará cuanto puede y dará cuanto puede. Pero no nos maraville que dé poco, que se muestre aquí falso, frágil y equívoco. Su amor es querido, y su odio es artificial, un verdadero *tour de force* de hombre vanidoso, una exageración. No es sincero, sino en cuanto es objetivo: sólo en su sereno «totalismo» es todavía «naturaleza» y «natural». El espejo de su alma, siempre liso, no sabe afirmar ni negar; ni

manda ni destruye. «No desprecio á casi nada»—dice con Leibnitz.—Notemos el «casi». No es ni siquiera un hombre modelo; no va delante ni detrás de nadie; se coloca á una distancia demasiado grande para poder tomar partido por el bien ó por el mal. Si por tanto tiempo se le ha confundido con el filósofo, con el imperioso domador, con el hombre creador de cultura, se le ha hecho demasiado honor y no se ha visto lo que es esencial en él: él es un instrumento, una especie de esclavo, esclavitud de las más sublimes, pero nada conserva para sí mismo, *casi nada*.

El hombre objetivo es un instrumento, un instrumento precioso de medida que fácilmente se rompe, un espejo artístico que fácilmente se empaña y que se debe manejar con cuidado y honrar mucho; pero no es un fin, no es un punto de partida ni de llegada, no es un hombre complementario que justifique al resto de la existencia, no es una conclusión, y menos todavía un principio, una generación, una causa primera, algo macizo y sólido y subsistente por sí mismo que quiera dominar; es más bien un vaso artísticamente cincelado, delicado, elástico, que está esperando un contenido precioso, para *conformarse* á él; y ordinariamente es un hombre sin valor y sin contenido, un hombre «altruístico». Por consiguiente, poco agradable á las mujeres, entre paréntesis.

208. Si hoy un filósofo profesa no ser escéptico, —creo que se habrá adivinado esto por la precedente descripción del espíritu objetivo—tal confesión despertará generales rumores; se le mirará con cierto temor y duda; se le querría preguntar tantas cosas, tantas... aun los más tímidos proclamarán que es un ente peligroso. Al oírle renegar del escepticismo, les

parecerá como si oyeran de lejos un rumor amenazador, como si estuviese haciendo experiencias con alguna nueva sustancia explosiva, con alguna dinamita espiritual, con alguna *nihilina* rusa de nueva invención; les parecerá vislumbrar un pesimismo «bonae voluntatis», el cual no sólo dice y quiere el no, sino que, ¡horrible!, obra el no. Contra esta especie de pesimismo de «buena voluntad», de renuncia real y efectiva á la vida, no hay mejor antídoto, mejor calmante, que el escepticismo, que el dulce y soporífero escepticismo; y hasta los médicos modernistas recetan una dosis de *Hamlet* contra el «espíritu» y contra su murmullo subterráneo.

«¿Por ventura, no tenemos ya los oídos llenos de peligrosos rumores?» dice el escéptico que vela por su quietud, como un polizonte por la seguridad pública. Y es que el escéptico, ser delicado, entra en miedo fácilmente; su conciencia tiembla cuando oye un sí ó un no rotundos; esto le parece que va contra la moral; prefiere adormecer sus virtudes, diciendo con Montaigne: «¡qué sé yo!»; ó con Sócrates: «sólo sé que no sé nada»; ó también: «aquí no me fio porque no veo puerta abierta; y aunque estuviese abierta, ¿para qué entrar tan pronto?»; ó también: «¿de qué sirven las hipótesis aventuradas? El abstenerse de hipótesis es indicio de buen gusto. ¿Por ventura, estáis obligados á enderezar lo torcido?, ¿á cerrar todo agujero con cualquier estropajo? ¿No habrá tiempo para esto?, ¿el tiempo no tiene tiempo?, ¿por qué diablos no queréis esperar? También lo incierto tiene sus atractivos, también la esfinge es una Circe, también Circe era filósofa».

Estos son los consuelos del escéptico; y menester es confesar que harto los necesita. El escepticismo es la

expresión más espiritual de cierto estado fisiológico que en lengua vulgar se llama debilidad de nervios; la cual se manifiesta siempre que las razas ó las clases por largo tiempo separadas se crucen de un modo decisivo y repentino. Entonces en la nueva generación, que ha heredado diferentes medidas y valores de sangre, todo es inquietud, turbación, duda, tentativa. Las mejores fuerzas obran en sentido contrario, las virtudes mismas se impiden el crecimiento, el cuerpo y el alma carecen de equilibrio, de fuerza, de gravedad, de aplomo. Pero lo que en ellos está más debilitado y enfermo, es la voluntad; no conocen la independencia que hay en la resolución, ni la sensación satisfactoria del querer; dudan del libre albedrío hasta cuando sueñan. Por eso, la moderna Europa, teatro de una mezcla repentina y radical de clases, y por tanto de razas, es escéptica hasta las cachas, con aquel escepticismo, ora movible y ligero que salta de rama en rama, ora negro y sombrío cual nube de tempestad. ¡Está harta de creer, sufre parálisis de voluntad! ¿Dónde no se halla hoy semejante ser raquítico? Y al mismo tiempo, ¡qué lujo y qué adornos tan seductores! Esta enfermedad se cubre con las más suntuosas vestiduras de la mentira, y todo lo que hoy se pavonea con el título de «objetivo», de filosofía «científica», de «el arte por el arte», de «conocer puro é independiente de la voluntad», no es más que escepticismo, parálisis de la voluntad: de este diagnóstico salgo yo garante. La enfermedad de la voluntad está extendida por Europa en diferente grado; se manifiesta mayormente, donde la civilización es más antigua, y pierde fuerza cuando renace el bárbaro bajo los vestidos haraposos de la cultura occidental.

Por eso se toca con la mano que hoy es Francia

donde la voluntad está más enferma, y Francia, siempre maestra en abstractivos tan fatales como seductores, preséntanos hoy, como verdadera escuela y exposición del escepticismo, todas sus galas, toda la superioridad de su cultura en Europa. La fuerza de voluntad está más acentuada en la Alemania del Norte; es bastante mayor en Inglaterra, por su flema, y en España y Córcega, por las cabezas duras de sus habitantes—sin hablar de Italia, la cual es demasiado joven para que pueda saberse lo que quiere ó si quiere algo;—pero donde la voluntad está maravillosamente desarrollada, es en el imperio del medio que une á Europa con el Asia; es decir, en Rusia. Allí la fuerza del querer, por largo tiempo contenida y acumulada, está aguardando la ocasión de «descargarse», no se sabe si en afirmaciones ó en negaciones. No habrá necesidad de guerras ó de complicaciones en la India, para que la Europa se vea libre y en el mayor peligro que le amenaza; bastarán las revoluciones internas de aquel imperio, su disgregación en pequeñas partes, y sobre todo, la introducción del absurdo parlamentario, con obligación de leer la *Gaceta*. Y no lo digo porque lo desee; más desearía lo contrario, más desearía que la amenaza rusa fuese en aumento, para que la Europa se pusiera en defensa, se uniera en una voluntad única, en una voluntad duradera, terrible, especial, la cual se fijase una meta de milenios; para que por fin la larga comedia de su división en estaditos y de las turbulencias dinásticas y democráticas, cesaran ya de una vez. Pasó el tiempo de la política menuda: el próximo siglo nos promete la lucha por el dominio del mundo, la necesidad de hacer política grande.

209. Hasta qué punto la nueva época belicosa en

la cual hemos entrado evidentemente los europeos, pueda favorecer el desarrollo de una especie de escepticismo más robusto, procuraré explicarlo por medio de una semejanza que será comprensible á los que no ignoran la historia alemana. Aquel rey de Prusia, ardiente entusiasta de los granaderos de buena talla, padre de un genio militar y escéptico, como también del nuevo tipo alemán, padre lunático del gran Federico, poseía también el ojo y el tacto del genio; sabía de que necesitaba entonces la Alemania, y su antipatía para con el joven Federico provenía de la angustia de un instinto muy profundo. *Faltaban hombres*: y él sospechaba con amargo despecho que tampoco su hijo había de ser hombre. En esto se engañó; pero, ¿quién en lugar suyo no se había engañado? El vió á su hijo caer víctima del ateísmo, del «sprit», de la vida sensual francesa; vislumbraba en el fondo el gran vampiro del escepticismo, presagiaba el tormento incurable de un corazón incapaz de resistir al mal y de abrazar el bien, de una voluntad destrozada que ya no manda ni *sabe* mandar. Mas entre tanto, se arraigaba en su hijo una nueva especie de escepticismo peligroso y tenaz, quizá fomentado por el odio paterno y por la melancolía glacial de la soledad, el escepticismo de la viril osadía, que es el más afín al genio de la guerra y de la conquista, y el que bajo los auspicios del gran Federico hizo su entrada triunfal en Alemania.

Tal escepticismo desprecia, y sin embargo, atrae; cava, y adquiere; no cree, y no se pierde; concede al espíritu una libertad peligrosa, y somete á duro freno el corazón; tal es la forma alemana del escepticismo, un *fredericianismo* continuado y espiritual, que por largo tiempo domeñó la Europa y la tuvo sumisa al

espíritu germánico y á su desconfianza crítica é histórica.

Gracias al carácter fuerte, tenaz é indomable de los grandes filólogos alemanes y de los críticos históricos (los cuales, si bien se los mira, fueron artistas de la demolición), afirmóse un poco, á pesar de la dirección romántica de la música y de la filosofía, un nuevo concepto del espíritu germánico en el cual se destacaba la propensión al escepticismo viril, ora en la intrepidez de la mirada, ora en el valor é inflexibilidad de la mano que secciona, ora en la tenaz voluntad de emprender viajes peligrosos, expediciones polares en el mundo del espíritu. Algo habría cuando unos hombres humanísimos y superficiales hacían á tal espíritu la señal de la cruz: «*este espíritu fatalista, irónico, mefistofélico*» le llama, no sin estremecerse, Michelet. Si se quiere comprender cuánta distinción y elogio haya en esta frase, basta recordar que en una época no muy lejana, una virago, en su desenfrenada presunción, osó recomendar á los alemanes como seres burdos, inofensivos, bonachones, faltos de voluntad y sentimentales. Medítese también el estupor de Napoleón cuando vió á Goethe: esto explica la idea que por tantos siglos se tenía del «espíritu alemán»: «¡He aquí un hombre!» Como si dijera: «¡Es un hombre, y yo esperaba ver un alemán!»

210. Suponiendo, pues, que en la imagen de los filósofos del porvenir alguno que otro rasgo deje adivinar en qué forma deban ser escépticos, en el sentido indicado, con esto no se haría sino explicar una parte de sus hechos. Con el mismo derecho podrían llamarse críticos, y en todo caso serán hombres de experiencia. En el nombre con que los he bautizado, he que-

rido expresar sus tentativas y el placer que hallan en ellas; ¿quizá porque ellos, críticos en alma y cuerpo, han de valerse de los experimentos en un sentido nuevo, más lato y más peligroso? ¿Estarán ellos abrasados del deseo de conocer y de avanzar con sus tentativas audaces y dolorosas, mucho más lejos que el gusto afeminado de un siglo demócrata?

Indudablemente, los filósofos del porvenir no carecerán de aquellas cualidades serias y profundas que distinguen al crítico del escéptico; es, á saber, la seguridad en la medida de los valores, el uso constante de unidad de método, el valor reflexivo, el sentimiento de estar solos, de poder justificarse; sí, confesarán que hallan gusto en negar, en despedazar, en manejar el escalpelo con aplomo y delicadeza, aun cuando les sangre el corazón. Serán más duros (y no siempre contra ellos mismos) de cuanto ciertos humanitarios podrían desear; no abrazarán la verdad porque les «plazga» ó porque los «elege» ó los «entusiasme», y estarán muy lejos de creer que la verdad traiga tales gustos. Espíritus severos, se sonreirán cuando alguien diga: «Esta idea me eleva, ¿cómo no ha de ser verdadera?»; ó bien: «Esta acción me entusiasma, ¿cómo no ha de ser bella?»; ó bien: «Aquel artista me engrandece, ¿cómo no ha de ser grande?» Y quizá no se contentarán con reirse, sino que les dará náuseas tal sentimentalismo idealista, femenino y hermafrodita, y quien pudiera seguir su pensamiento íntimo, difícilmente hallaría en los rincones de su corazón la intención de reconciliar los «sentimientos cristianos» con el «gusto antiguo», y mucho menos con el «parlamentarismo moderno» (cual sucede en este siglo inestable y conciliador á no pocos filósofos).

Pero disciplina crítica, y todo lo que valga para el

hábito de un pensar puro y riguroso, esto será la corona de los filósofos que vienen; más con todo eso, no querrán llamarse críticos. Paréceles no poca vergüenza el dar sentencias como ésta: «La filosofía en sí misma es crítica y ciencia de la crítica, y nada más.» Aunque tal idea halle el aplauso de los positivistas franceses y alemanes (y no disguste á Kant, como lo prueban los títulos de sus obras), dirán, sin embargo, nuestros filósofos: «Los criterios son instrumentos del filósofo, y, por lo mismo, distan mucho de ser filósofos.» Aun el gran chino de Koënisberg no era en el fondo sino un gran crítico.

211. Insisto en que no se confunda á los auxiliares de la filosofía, y en general á los hombres de ciencia, con los filósofos, y que á cada uno se le dé rigurosamente lo que es suyo, ni más ni menos. Quizá para la educación del verdadero filósofo convendrá que recorra todos los grados en que se detuvieron aquellos sus ministros; quizá deba ser crítico y escéptico y dogmático é histórico y poeta y observador y viajero y adivinador de charadas y moralista y vidente y «espíritu libre», recorriendo todo el recinto de los valores humanos y de las estimaciones del valor, para disfrutar de mil ojos y de mil conciencias desde las más excelsas cimas hasta los abismos. Más todo esto, no es sino una condición preliminar de su tarea; su tarea misma exige otra cosa muy diferente, la creación de los valores.

Aquellos ministros y auxiliares de la filosofía, cuyo modelo son Kant y Hegel, tienen por oficio registrar la existencia de los hechos y de ciertas estimaciones de valor, es decir, de antiguas suposiciones y creaciones de valores, y limitarlas en ciertas fórmulas,

ora en el reino de la *lógica*, ora en el de la *política*, ó moral, ó del *arte*. A estos investigadores concierne la tarea de hacer claros, inteligibles y palpables todos los acontecimientos y apreciaciones, abreviar lo que es largo, aumentar la velocidad, hacerse *dueños* absolutos del pasado; tarea inmensa y admirable, en la cual halla pasto y satisfacción todo orgullo delicado, toda voluntad capaz. *Mas los verdaderos filósofos son dominadores y legisladores: dicen «así debe ser»;* y fijan de antemano la dirección y la meta del hombre; y al hacer esto usufructúan el trabajo preparatorio de todos los auxiliares de la filosofía, de todos los príncipes del pasado. Alargan al porvenir su mano creadora; y todo lo que es, y todo lo que fué, resulta para ellos un medio, un instrumento, un martillo. Su conocer equivale á crear, su crear equivale á legislar su querer, la verdad equivale á querer el dominio. ¿Existen hoy semejantes filósofos? ¿Existieron? ¿No es necesario que existan?

212. Paréceme que el filósofo, el hombre *necesario* del porvenir, ha debido hallarse siempre en contradicción con su época: su enemigo fué siempre el ideal de su época. Todos estos favorecedores del hombre que se llaman filósofos, los cuales nunca se tuvieron por amigos de la sabiduría, sino por locos molestos y por interrogaciones peligrosas, hallaron que su tarea era ingrata, áspera, indeclinable, y reconocieron su grandeza por el hecho de representar la mala conciencia de los tiempos en que vivían. Con aplicar el cuchillo del vivisector al pecho de las virtudes de época, dejaron traslucir su propio secreto, el secreto de conocer una *nueva* grandeza del hombre y de buscar una vía nueva é inexplorada para llegar

á ella. Siempre desenmascararon á la hipocresía, á la comodidad, al dejad hacer y á todas las mentiras que se ocultaban en el tipo moral de su época; siempre dijeron: «nosotros debemos ir á las regiones á que estáis menos acostumbrados». En frente al mundo de las «ideas modernas», que querría confinar á cada cual á un «especial rincón», un filósofo, si hoy existieran filósofos, veríase obligado á contraponer la grandeza del hombre, el concepto de la «grandeza» en toda su extensión, en su multiplicidad, en su integridad, en su pluralidad; y determinaría el valor y el rango según la capacidad de cada uno para soportar cosas diversas, según la tensión de su responsabilidad.

Hoy día, el gusto de la época, la virtud de la época, debilita y empequeñece la voluntad; nada más moderno que la debilidad de voluntad: por lo cual, en el ideal del filósofo, en su concepto de la grandeza, deberán comprenderse la fortaleza de voluntad, la fuerza de resistencia; la capacidad de tomar resoluciones constantes. Y esto con igual derecho con que la doctrina é ideales opuestos de una humanidad sabiamente resignada, abnegada, sublime y altruística, eran á propósito para una época contraria de la nuestra, para una época que, como el siglo XVI, sufría bajo el peso de la energía de voluntad acumulada y del ímpetu salvaje de sentimientos egoístas. En los tiempos de Sócrates, entre los hombres de instintos gastados, entre los viejos atenienses conservadores que se dejaban llevar «hacia la felicidad»—como decían, pero realmente á sus placeres—y que tenían siempre llena la boca de magníficas expresiones, á las cuales no se conformaba su vida, entonces, quizá, la ironía era necesaria á la grandeza de ánimo, quizá era necesario

aquel malicioso aplomo socrático del viejo médico ó del moralista plebeyo, que seccionaban sin piedad la carne propia, como también la carne y el corazón de los aristócratas, con el escalpelo de una mirada que decía francamente:—«¿Ficciones á mí?—¡quién!—¡si aquí todos somos iguales!» Al contrario, hoy en Europa, donde sólo los animales de rebaño usurpan los honores y los distribuyen, donde la igualdad de derechos se convierte en igualdad de injusticia, en hacer guerra á todo lo raro, extraño y privilegiado, al hombre superior, al alma superior, al deber superior, á la responsabilidad superior, al imperio de la fuerza creadora; hoy, digo, en Europa el ser aristócrata, el ser diverso de los demás, el ser solo y vivir para sí solo, son atributos de la «grandeza»; y el filósofo dejará vislumbrar su ideal el día en que decrete: «aquél será más grande, que sepa ser más solitario, más misterioso, más diverso de los demás, colocado más allá del bien y del mal, dominador de sus propias virtudes, exuberante de voluntad; esto es la «grandeza»: ser múltiple y uno, juntar la máxima extensión con el máximo contenido». Y preguntamos una vez más: ¿es hoy posible la grandeza?

213. Qué cosa sea un filósofo, difícil es aprenderlo, no por otra razón, sino porque no es posible enseñarlo; es preciso saberlo por experiencia ó *no querer* saberlo. Mas el prurito de hablar de lo que no se entiende, ha escogido por víctima al filósofo y á las cosas filosóficas; muy pocas personas están en el caso de conocer al filósofo; todas las opiniones vulgares acerca de esto son falsas.

Así, por ejemplo, aquella coexistencia filosófica de una espiritualidad impertinentemente audaz y rápida

con una dialéctica rigurosa y necesaria que no dé ningún paso en falso, es completamente ajena é increíble á la mayor parte de los pensadores y de los hombres de ciencia. Ellos se figuran que la argumentación ha de ser necesariamente penosa, y el pensar mismo les parece algo lento, difícil, trabajoso, y á veces «digno del sudor de hombres mejores», pero nunca como algo de ligero, de divino, de semejante á la danza y á los entusiasmos juveniles! «Pensar» es para ellos tomar una cosa «en serio», con «gravedad»; esto les enseña su experiencia. Los artistas tienen el olfato más fino; saben muy bien, que precisamente cuando no está en su arbitrio el hacer una cosa, sino que se ven obligados á hacerla, entonces sus sentimientos de libertad, de finura, de poder pleno, de preparar, disponer y traducir á la realidad sus creaciones, alcanzan su máximo grado de elevación, confundándose la necesidad con el «libre albedrío».

Por último, existe un orden graduado de estados anímicos, al cual se conforma el orden graduado de los problemas; y los más altos problemas rechazan sin piedad á cuantos osan acercarse á ellos sin estar predestinados, por la elevación y potencia de su intelectualidad, á poderlos resolver. ¿De qué sirve que cabezas ligeras universales ó cabezas firmes de artistas ó de empíricos, se acerquen á estos problemas con plebeyo orgullo y quieran romper lanzas en este gran torneo? Semejantes tapices no admiten la huella de pies groseros; así lo tiene previsto la primitiva ley de las cosas; para estos intrusos quedan cerradas las puertas, y ellos tratan en vano de romperlas con su cabeza. Es menester haber nacido para el gran mundo; el derecho á la filosofía es por la gracia del nacimiento; también aquí decide la «sangre». Muchas ge-

neraciones han de preparar el advenimiento del filósofo; cada una de sus virtudes ha de ser adquirida, cultivada, heredada é incorporada: no sólo el fluir ligero y delicado de su pensamiento, sino también, y principalmente, la sincera disposición á las grandes responsabilidades; lo imperioso de la mirada; la separación del vulgo, y de sus deberes y virtudes; la protección y pronta defensa de todo lo mal interpretado ó calumniado, de Dios ó del diablo; la satisfacción y administración de la justicia grande; el arte de mandar; la amplitud de la voluntad; el ojo reposado, que rara vez se admira, que rara vez se humilla, que rara vez ama...

CAPITULO VII

NUESTRAS VIRTUDES

214. ¿Nuestras virtudes? Es probable que también nosotros tengamos virtudes, aunque no sean aquellas virtudes cándidas y macizas que honramos en nuestros abuelos, teniéndolas un poco á distancia. Nosotros, europeos del mañana, primicias del siglo xx, con nuestra peligrosa curiosidad, con nuestra multiplicidad, con nuestro arte del disimulo, con nuestra crueldad endulzada por el espíritu sensual, si hemos de poseer virtudes, tendremos aquellas que mejor se acomoden con nuestras inclinaciones más secretas y más *acariciadas*, con nuestras más urgentes necesidades; ea, pues, vamos á buscarlas en nuestros laberintos, en los cuales, como es bien sabido, hay mu-